

COMPARTIR

Hace muchos años en Inglaterra ocurrió un incidente que interrumpió la circulación de vehículos sobre un puente en Londres y todo fue ocasionado por un caballo. No sabemos el nombre del caballo pero lo llamaremos Azabache. Una mañana Azabache se mostró muy terco con su amo quien lo llevaba halando una carreta que llevaba un cargamento hasta el puerto. Cuando llegaron frente a la famosa torre donde está el gran reloj que marca la hora en la ciudad de Londres, Azabache se detuvo y no quiso dar un paso más. En esa zona está absolutamente prohibido detener vehículos de manera que el dueño de Azabache bajó del carro para tratar de mover el caballo y así continuar su viaje. Lo acarició, le habló con cariño, lo amenazó, pero todo fue en vano. El caballo parecía ajeno a todos los inconvenientes que estaba ocasionando.

Mientras todo esto sucedía ya un autobús se había detenido detrás del carro y dos o tres vehículos más estaban esperando. No había pasado mucho tiempo cuando un policía llegó y le ordenó al dueño del caballo que se fuera de allí con su animal y su carga porque estaba interrumpiendo el tránsito. El hombre le contestó que obedecería con mucho placer si tan sólo él pudiera lograr que su caballo se moviera. El policía intentó hacer que el animal se moviera pero sus esfuerzos fueron en vano porque el caballo no consintió en dar un solo paso.

Ya el tránsito se había paralizado por completo de manera que los autobuses, camiones, autos y motocicletas no podían adelantar y los conductores sacaban la cabeza para ver qué era lo que sucedía. Para completar, en el río debajo del puente había un remolcador que pedía paso y había necesidad de remover el puente para que éste pudiera pasar. Y allí seguía Azabache; como si nada estuviera sucediendo. En ese momento, un muchacho se acercaba al puente comiéndose una manzana. Al ver la interminable hilera de vehículos detenidos, pensó que se había producido un accidente y se apresuró a llegar al lugar donde estaba el caballo atrayendo la atención de toda la muchedumbre. Roberto, que así se llamaba el muchachito, se deslizó por entre las personas mayores y llegó a primera fila, comiendo siempre su preciosa manzana. De repente, al ver al jovencito, el conductor del carruaje tuvo una brillante idea.

– Dame un pedazo de tu manzana – le dijo.

Roberto se quedó sorprendido. No estaba muy dispuesto a privarse de su fruta, pero al ver la congoja en el rostro del conductor, le dio lo que le quedaba de la manzana. El efecto fue mágico. Mientras el conductor le mostraba la manzana a Azabache, manteniéndola a cierta distancia de su nariz, el caballo estiró el pescuezo para apoderarse de ella. Movié una pata hacia adelante, luego otra y antes de darse cuenta de lo que hacía, había salido del puente y se hallaba de nuevo en camino al puerto. Entonces los autobuses, camiones y motocicletas, así como el remolcador, pudieron continuar su viaje gracias al muchacho que dio la su manzana. ¡Qué magnífica acción hizo el muchacho esa mañana! Es cierto que tenía poco que dar, pero lo que poseía lo dio y lo hizo en el momento en que más se necesitaba.